

del asno y la yegua. El mulo o mula es un animal especialmente adaptado a los bravos caminos de herradura de las montañas del Perú. Uno de los libros más interesantes en la literatura peruana y latinoamericana es el relato de un viaje de posta desde Buenos Aires a Lima a fines del siglo XVIII. Se llama *El Lazarillo de Ciegos Caminantes* y su autor anónimo, Concolocorvo, aunque se le ha identificado ya como un español, de nombre Carrió de la Bandera, afincado en Lima. Con el estilo zumbón de la picaresca, el libro describe el comercio de mulas desde la Pampa Argentina hasta el Cuzco y toma visos épicos al relatar el arreo de decenas de miles de esos animales por los accidentados caminos de herradura de entonces a través del Alto Perú. Me imagino lo que sería una película de gran formato que intentase verter en imágenes del celuloide los cuadros llenos de vida, fuerza y movimiento que pinta Carrió. La mula es todavía un vehículo irremplazable en el Perú. Y, sin embargo, junto a ella sobreviven los animales de carga prehispánicos, sobre todo los auquénidos: llamas y alpacas, con su capacidad limitada, pero su incomparable adaptación al medio y para algunas especies, como la vicuña, la calidad principesca de su pelo.

Algo parecido podría decirse de otras especies animales, pero, además, están las especies vegetales, cuya adaptación era más difícil. Un gran éxito fue la adaptación del trigo, lograda en Quito por un fraile franciscano, Fray Junípero Serra. Consideremos, además, el arroz, la caña de azúcar, el olivo, la vid, el café y muchas más, que no existían en América. Claro que su presencia nada quita a la del maíz, la papa, la palta o aguacate, la quina, el algodón, el chocolate, por qué no decirlo, la coca, el tabaco y tantas otras específicamente americanas. Nuestros cultivos son, pues, irremisiblemente mixtos, marcados indeleblemente por el mestizaje de nuestra cultura.

El escudo de armas del Perú republicano pretende ilustrar nuestra riqueza en los tres reinos naturales con bienes del pasado prehispánico. Esto se aplica de modo especial a las dos especies vivas concernidas, que son oriundas del continente americano. El reino vegetal está representado por el árbol de la quina, de cuya hoja o fruto se obtiene la quinina, sustancia con que antiguamente se curaba la fiebre malaria o paludismo, como se dice en el Perú, desde que un indio logró ese prodigio en el Virrey Conde de Chinchón, enfermo. El reino animal está representado por la vicuña, que, como se sabe, es una especie de gacela andina más tímida, más sensible y más bella que las del viejo mundo, aunque menos veloz, y muy apreciado su toisón, por cierto. Por último, el reino mineral está representado por un mitológico cuerno de la abundancia derramando magníficas medallas de oro; «es el sudor de mi padre, me pertenece», dijo Atahualpa aludiendo al carácter solar y, por tanto, divino del áureo metal. Lástima que hace tiempo el Perú perdió ante un país asiático el monopolio de la quina, que fue transplantada por un inglés y, además, en todo caso, hace tiempo que la quinina no es utilizada para fines de farmacopea. En cuanto a la vicuña, su mismo extremado valor la ha tornado una especie en peligro de extinción, peligro contra el cual luchan con tierno ardor muchos ecologistas fuera y dentro del Perú. Queda el oro, que no puede calificarse de especie prehispánica, aunque, en cierto modo, lo es en la Historia del Perú, en todo caso, el que encontraron los españoles se fue para no volver, hasta ahora.

Insistamos en este «hasta ahora», «que esperanza me mantiene», según canta la

copla popular. Nos queda la esperanza, pero esto es columbrar que los signos de nuestra heráldica republicana, como los de toda otra heráldica, son dobles, o sea, suponer que cada uno de esos signos aborígenes esconde un signo mestizo, no diré cuál, de mejor augurio, salvo que la condición suspensiva de las promesas del escudo se encuentre y comprenda gracias a alguna mejor y más profunda interpretación.

* * *

Pero dejemos la heráldica y hablemos de folklore. Un aspecto del folklore es el vestuario. No soy folklorista, de manera que no me considero en condiciones de tratar este capítulo con suficiente aplomo; pero una cosa es clara, tanto las polleras largas de las indias como los pantalones de los indios son aportaciones de la indumentaria española que el indígena prehispánico no conocía. En Copenhague cierto periodista que parece ejercer el monopolio de la información sobre América Latina dijo, a propósito de un espectáculo de música y danzas, que la minifalda de music hall que llevaba la actriz principal no tenía nada que ver con la verdadera vestimenta de las indias prehispánicas. Pero si se observan los dibujos de Huamán Poma de Ayala se ve que la indumentaria incaica tanto para hombres como para mujeres era, en efecto, una túnica corta más rudimentaria, por cierto. Las polleras que usan las indias, colocadas una sobre otra con gran abundancia, como se puede ver cuando se arremolinan en férvidas danzas, son de origen hispánico, aunque, naturalmente, comportan elementos decorativos indígenas. El vestuario, en su conjunto, es mixto o mestizo, y lo ha sido así desde tiempos muy antiguos, como lo muestran pinturas de gran precisión y encanto de la Escuela Cuzqueña que datan del siglo XVI.

Un dato que puede parecer una gran sorpresa desde el punto de vista del folklore es el que voy a dar ahora. En Gran Bretaña se han publicado varios discos antológicos de la música medieval europea que tienen un interés enorme, porque marcan la unidad o unicidad de la música y con ello de la cultura, a pesar de las diferencias idiomáticas. El director de esa antología es un musicólogo británico, señor Manrow. Ahora bien, en uno de los articulillos de la cobertura de sus discos, Manrow explica que adquirió el interés por la música medieval europea en el Perú, durante una permanencia en mi país, donde estuvo trabajando para el British Council. Recorrió el Perú en todas las direcciones grabando la música popular, y se encontró que muchas veces esa música no era indígena, aunque tocada por indígenas, sino medieval europea. No siendo experto, no hago más que remitirme a su autoridad. Esta muestra, en todo caso, cuán intenso, cuán profundo y cuán rápido fue el proceso de aculturación que acompañó a la conquista y al establecimiento del Virreinato. Queda, sin embargo, un inmenso trabajo por hacer en cuanto al análisis de la transformación de las formas musicales y las formas poéticas, en la medida en que éstas puedan considerarse independientes de las musicales. Más fácil es el estudio de los instrumentos, al menos a primera vista, pues desde ésta se advierte el mestizaje. La música prehispánica sólo tenía flautas en la forma de quenás o antaras, una variedad de la flauta de pan, e instrumentos de percusión. La gran novedad traída por España para el folklore son las cuerdas: violas, guitarras, arpas, etc., y los instrumentos metálicos de viento. Todas estas variedades

conviven en el folklore peruano actual, y hasta hay instrumentos propiamente mestizos, como el charango, que es una especie de mandolina cuya caja de resonancia está hecha con la piel del armadillo y la llamada arpa indígena.

Esto es cuanto a la música popular. Pero hay también una música culta escrita en el Perú, tanto en Lima como en el Cuzco, sobre todo, aunque no únicamente para el servicio religioso. Hay piezas de un elevado refinamiento musical compuestas para ser cantadas en idioma quechua, sobre todo con ocasión de ciertas festividades como la Navidad, la Pascua y el Corpus. Aquí el mestizaje no podría ser más elevado. Se investiga las partituras de esta música no sólo en las bibliotecas del Perú, sino en las de España y Austria. En Viena se han hecho descubrimientos sustanciales. Esto prueba que el Perú se incorporó plenamente con su originalidad de país mestizo en el mundo católico, es decir, la parte de Europa que se mantuvo fiel a la enseñanza tradicional de la Iglesia y que aceptó las decisiones del Concilio de Trento.

Lo que vale para la música vale para toda actividad intelectual. No quiero hacer un recuento de la vida intelectual bajo el virreinato, sobre la cual corrían hasta en mi propio país no hace mucho ideas de una superficialidad, me atrevo a decir, vergonzante. Hoy se comprende que como provincia lejana del mundo tridentino, el Perú tuvo una vida intelectual muy honorable, y dentro de ella destacan algunas figuras meritorias. La más notable es un indio de pura raza, Juan Espinosa Medrano. Indio puro, sus apellidos hispánicos fueron cedidos por sus protectores. Espinosa Medrano es conocido por un elocuente elogio que escribió del poeta don Luis de Góngora y Argote, defendiéndolo contra los denuestos de cierto crítico portugués. Se sabe, además, que Espinosa Medrano fue un excelente orador sagrado, más por el aspecto didáctico de sus sermones, accesible a la sabiduría popular, que por el despliegue de la retórica barroca. Pero lo que no se sabe, o no se sabía hasta hace poco, es que Espinosa Medrano resulta ser un filósofo logicista del más ascendrado rigor y del más fuerte espíritu. Su texto de lógica recibió una enorme aceptación, tanto en España como en Roma, a fines del siglo XVII. Hoy en día se está trabajando en la Universidad de Münster, en Alemania, para una publicación bilingüe de su obra. Se estima que hoy en que se tiende a abandonar las gazmoñerías del llamado empirismo o positivismo lógico, la lógica de Espinosa Medrano, francamente conducente a la Metafísica, está llamada a abrir fructuosas perspectivas.

Pero vengamos a algo que es más accesible que la Filosofía, algo que puesto que lo vemos todos nos hacemos la ilusión de entenderlo: el arte, o mejor dicho, las llamadas artes plásticas.

El más conocido historiador de la arquitectura del Perú es el mismo don Héctor Velarde, a quien he mencionado ya en otro carácter. En el Perú hay la arquitectura prehispánica de enorme interés; pero de ella no nos vamos a ocupar. Hay también una arquitectura hispánica que los europeos, inclusive daneses que visitan mi país, no se dignan mirar porque les sugiere un aire a lo «ya visto». Grave error. En el Perú hay maravillas hispánicas que no se encuentran en otra parte. Pero tampoco de eso vamos a ocuparnos ahora. Hay, en tercer lugar, formas de arquitectura mixtas, en las cuales si bien los elementos estructurales o tectónicos parecen españoles, y lo son en gran parte, la adaptación al medio, especialmente a las condiciones sísmicas del suelo,